

Bartleby, el escribiente

Herman Melville



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Bartleby, el escribiente

Melville, Herman

Novela

Se reconocen los derechos morales de Melville, Herman.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Soy un hombre de edad relativamente avanzada. Durante los últimos treinta años, por la naturaleza de mi profesión, he mantenido contacto más que frecuente con lo que podría parecer un tipo de hombres interesante aunque extraño, sobre los cuales, que yo sepa, no se ha escrito nada nunca; me refiero a los copistas de leyes o amanuenses. He conocido a muchos de ellos profesional y personalmente y, si quisiera, podría relatar historias dispares, ante las cuales los caballeros de natural bondadosos podrían sonreír, y las almas propensas a la sensiblería derramar lágrimas amargas. Pero prescindiré de las biografías de todos los otros escritores a cambio de unos pocos pasajes de la vida de Bartleby, que fue el amanuense más extraño que haya visto o del que haya oído hablar jamás. Mientras que sobre los otros copistas de leyes podría escribir toda su vida, sobre Bartleby no podría hacer nada parecido. Creo que no existe material alguno para escribir una biografía completa y satisfactoria sobre este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby fue uno de esos seres de quien no se puede asegurar nada a no ser por fuentes primarias, que en este caso son muy escasas. Lo que mis propios y atónitos ojos vieron de Bartleby es todo lo que sé de él, excepto, en efecto, un vago rumor que aparecerá en el apéndice final.

Antes de presentar a este amanuense tal y como apareció ante mí la primera vez, resultaría conveniente que hiciera alguna mención sobre mi persona, sobre mis empleados y mi negocio, sobre el bufete y aledaños en general, ya que tal descripción puede resultar imprescindible para comprender adecuadamente al gran personaje del que voy a hablar.

In primis, soy un hombre a quien desde su juventud le ha invadido una profunda convicción, la de que la mejor forma de vida es la más sencilla. Por eso, aunque pertenezco a una profesión que ha sido de siempre muy activa y excitante, llegando incluso a cundir el pánico en ocasiones, no obstante, yo no había vivido nunca nada parecido; nada que pudiera invadir mi tranquilidad. Yo soy uno de esos abogados en absoluto ambiciosos, de esos que nunca se dirigen a un jurado o que, en modo alguno, provocan un elogio público, sino que en la serena tranquilidad de una cómoda guarida, saco adelante un cómodo negocio entre préstamos, hipotecas y títulos de propiedad de gente rica. Todos los que me conocen me consideran un hombre excepcionalmente sensato. El difunto John Jacob Astor, un personaje poco dado al entusiasmo poético, no dudó en decir que mi primera y gran cualidad era la prudencia, y la segunda el método. No lo digo por vanidad; tan solo quiero dejar constancia de que si no me quedé sin empleo en el ámbito de mi profesión fue gracias al difunto John Jacob Astor, nombre, lo admito, que me encanta repetir, pues tiene una musicalidad redondeada y orbicular que suena a lingotes de oro y plata. Me tomaré la libertad de añadir que la buena opinión del difunto John Jacob Astor no me resultaba indiferente.

En la etapa anterior al momento en que comienza esta breve historia, mi trabajo se había visto incrementado notablemente. Me habían asignado la antigua oficina, inexistente ahora en el estado de Nueva York, del Secretario del Tribunal de la Equidad. No era una oficina muy difícil de llevar, pero sí muy bien y gratamente remunerada. Yo me sulfuro en contadas ocasiones y en menos, incluso, me permito cóleras violentas ante injusticias o escándalos; pero ahora me van a permitir que muestre cierta impetuosidad y que proclame que la repentina y violenta supresión de la Oficina del Secretario del Tribunal de la Equidad, con la adopción de la nueva Constitución, fue en mi opinión un... decreto prematuro, en tanto en cuanto yo había contado con el usufructo de las ganancias para toda la vida y tan solo me pude beneficiar durante unos pocos años —muy pocos—. Pero ese es otro asunto.

La oficina estaba situada en una planta superior en el n.º... de Wall Street. Por uno de los lados lindaba con el muro blanco interior de un enorme hueco que atravesaba el edificio de arriba a abajo a modo de tragaluz. Este paisaje se podría considerar soso más que otra cosa, insuficiente para lo que los pintores llaman «natural». No obstante, si por ahí era así, desde el otro extremo de la oficina la vista ofrecía como mínimo contraste, si no algo más. En aquella dirección las ventanas contaban con una vista panorámica a un majestuoso muro de ladrillo, negro por los años y por la sombra sempiterna; muro que no exigía el uso de lentes para poner de manifiesto su latente belleza sino que, para beneficio de todos los espectadores miopes, se elevaba unos tres metros por encima de mi ventana. Debido a la gran altura de los edificios colindantes y a que mis oficinas estaban en un segundo piso, el espacio que quedaba entre este muro y el mío se asemejaba, y no poco, a una gran cisterna cuadrada.

Justo antes de la llegada de *Bartleby*, tenía trabajando para mí a dos personas como copistas y a un prometedor muchacho como botones. El primero era Turkey, el segundo Nippers y el tercero Ginger Nut. Podrían parecer apellidos, aunque no de los que se encuentran normalmente en los registros. En realidad eran apodos que se ponían los tres empleados entre sí y que se suponían representativos de sus respectivas naturalezas o personalidades. Turkey era un caballero inglés, bajo y barrigón, de mi edad aproximadamente; esto es, alrededor de los sesenta. Se podría decir que por la mañana su cara tenía una tonalidad sana y rubicunda, pero después de las doce en punto del mediodía, su hora de la comida, se iluminaba igual que una chimenea llena de carbón de navidad; y ese resplandor se mantenía, aunque menguando —de manera gradual—, hasta las seis en punto de la tarde más o menos, hora a la cual se dejaba de ver al propietario de esa cara, quien igual que alcanzaba su cenit con el sol parecía ponerse con él para, al día siguiente, volver a elevarse, alcanzar su apogeo y decaer con la misma regularidad e incólume esplendor. A lo largo de mi vida me he topado con muchas y extrañas coincidencias, y no fue precisamente una de las más insignificantes esta: que cuando Turkey lucía la más brillante de sus sonrisas en

su colorado y radiante rostro, solo entonces, en ese instante crítico, era cuando comenzaba la fase diaria en la que yo consideraba que su capacidad profesional quedaba seriamente perturbada para el resto de la jornada. No es que se quedara totalmente parado o se mostrara reacio a trabajar, ni mucho menos. La dificultad residía en que generalmente tendía a albergar demasiada energía. A su alrededor podía sentirse un extraño ímpetu, una actividad excitante, aturullada y desenfrenada. Introducía la pluma en el bote de tinta de manera poco cuidadosa. Después de las doce en punto del mediodía era cuando echaba todos los borrones en los documentos. De hecho, además de mostrarse impetuoso y lamentablemente propenso a hacer borrones por la tarde, algunos días iba más allá y se volvía bastante escandaloso. En ese momento también, su rostro ardía con crecida ostentación, como si hulla y antracita se hubieran aglomerado. Hacía ruidos desagradables con la silla y derramaba la salvadera; cuando arreglaba sus estilográficas, desmontaba todas las piezas con impaciencia y las tiraba al suelo con rabia repentina; se ponía de pie apoyándose en el escritorio y desparramaba, de un golpe, todos los papeles sin ninguna delicadeza; algo muy triste de contemplar tratándose de un hombre mayor como él. Sin embargo, como para mí se trataba de una persona de gran valor en muchos aspectos, que antes de las doce del mediodía en punto era al mismo tiempo el individuo más rápido y más constante, además de llevar a cabo una gran cantidad de trabajo con un estilo difícil de igualar, por todas estas razones, decidí pasar por alto sus excentricidades. Pero en realidad, en alguna ocasión, discutí con él. Esto lo hice, sin embargo, con mucha delicadeza, porque, aunque por la mañana era el más civilizado,... mejor dicho, el más afable y más respetuoso de todos los hombres, por la tarde, sin embargo, si le provocaban, era propenso a mostrarse algo lenguaraz; incluso un poco insolente. En ese momento, me puse a evaluar sus servicios de la mañana y decidí no prescindir de ellos; sin embargo, por otra parte me sentía incómodo por sus exaltados modos de la tarde; y como yo era un hombre de paz, no dispuesto a provocar réplicas impropias a causa de mis amonestaciones, se me ocurrió insinuarle muy amablemente un sábado por la tarde —los sábados siempre estaba peor— que quizá, como se estaba haciendo mayor, podía ser bueno que redujera sus deberes; en resumen, que no tenía que quedarse en la oficina después de las doce en punto, sino que era mejor que después de la comida se fuera a casa, a su habitación, y se tomara un descanso hasta la hora del té. Pero, no; él insistió en su lealtad vespertina. Su semblante se tornó intolerablemente arrebatado, mientras que me aseguraba elocuentemente, gesticulando desde el otro extremo de la habitación con una regla bastante larga, que si sus servicios por la mañana eran útiles, entonces ¿cuán indispensables eran por la tarde?

—Con permiso, señor —dijo Turkey en esta ocasión—, me considero su mano derecha. Por la mañana no hago sino poner en orden mis columnas y desplegarlas;

pero por la tarde ¡yo mismo me pongo a la cabeza y valerosamente cargo contra el enemigo, así! —y dio una estocada violenta con la regla.

—Pero, y esos borrones, Turkey —le insinué.

—Cierto, pero, con permiso, señor, ¡mire estos cabellos! Me estoy haciendo viejo. Seguro, señor, que un borrón o dos en una cálida tarde no es motivo para amonestar severamente a estas canas. La vejez, aunque emborrone alguna página, es digna de respeto. Con permiso, señor, los dos nos estamos haciendo viejos.

Era muy difícil resistirse a este llamamiento a mi sentimiento de camaradería. Y de todos modos, me di cuenta de que no se iba a marchar. Así que decidí permitirle que se quedara, con la determinación, no obstante, de asegurarme de que por las tardes trabajase con los documentos menos importantes.

Nippers, el segundo de la lista, era un joven barbudo, de color cetrino y, sobre todo, con bastante aspecto de filibustero. Tenía unos veinticinco años. Siempre le consideré una víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. La ambición se ponía de manifiesto por una cierta ansiedad ante los deberes de un simple copista, por una apropiación injustificable de asuntos estrictamente profesionales tales como la redacción manuscrita de documentos legales. La indigestión parecía presagiarse por cierta exasperación nerviosa y por una radiante irritabilidad, ambas esporádicas, que hacían que sus dientes rechinaran ostensiblemente ante cualquier error que cometiera en la transcripción; por palabrotas innecesarias, masculladas más que articuladas, en el acaloramiento profesional; o, en particular, por un descontento continuo con la altura del escritorio en el que trabajaba. Aunque tenía una escuadra mecánica muy ingeniosa, Nippers nunca consiguió que su escritorio se adaptara a él. Debajo de las patas ponía trocitos de madera, tacos de varios tipos, trozos de cartón y, por último, trataba de afinar lo más posible con unos trocitos de papel secante doblado, para conseguir un acabado perfecto. Pero ningún invento daba resultado. Si para calmar su espalda formaba con la tapa del escritorio un ángulo agudo bien alto pegado a su barbilla y escribía así, como un hombre que usa el techo inclinado de una casa holandesa como escritorio, entonces decía que se le cortaba la circulación de las manos. Si luego bajaba el escritorio a la altura de su pretina y se echaba encima para escribir, entonces aparecía ese dolor que dañaba su espalda. Resumiendo, lo cierto era que Nippers no sabía lo que quería. O, si quería algo, era deshacerse completamente del escritorio de escribiente. Entre las manifestaciones de su enfermiza ambición estaba la afición a recibir visitas de ciertos personajes de aspecto ambiguo, vestidos con desaliñados abrigos, a los que llamaba clientes. De hecho, yo era totalmente consciente de que a veces le tomaban por un político local; pero no solo eso, sino también de que algunas veces hacía algún negocio por los tribunales de justicia y de que no era un desconocido en los accesos a

las Tumbas. Tengo buenas razones para creer, no obstante, que un individuo que iba a visitarlo a mi oficina y que con aire grandilocuente insistía en que era cliente suyo, no era sino un acreedor tenaz, y aquel presunto título de propiedad, una factura. A pesar de todos estos defectos más las molestias que me ocasionaba, Nippers, al igual que su colega Turkey, era un hombre muy útil para mí. Escribía con rapidez y con mucho cuidado y, cuando quería, no le faltaba un comportamiento amable. Además, siempre vestía de una manera correcta y así, sin querer, proporcionaba notoriedad a mi oficina, mientras que con Turkey yo tenía muchos problemas para intentar que no resultase un oprobio para mí. A menudo llevaba lamparones de aceite en la ropa y olía a casa de comidas. En verano se ponía unos pantalones muy sueltos que además le hacían bolsas. Sus abrigos eran deplorables; su sombrero mejor ni mencionarlo. Pero si bien su sombrero era algo que me resultaba indiferente, pues su educación innata y su cortesía, como caballero inglés emigrante que era, siempre le llevaba a quitárselo justo cuando entraba en la habitación, su abrigo, no obstante, era otro tema. En relación a sus abrigos, estuve discutiendo con él pero sin resultado. Lo cierto era, supongo, que un hombre con unos ingresos tan reducidos no se podía permitir lucir a la vez una cara y un abrigo relucientes. A Turkey, tal y como señaló Nippers una vez, el dinero se le iba principalmente en tinta roja. Un día de invierno le regalé a Turkey uno de mis abrigos, uno que tenía buen aspecto; un abrigo gris de fieltro, de lo más cálido y cómodo, con botones de arriba a abajo, de la cabeza a los pies. Pensé que Turkey agradecería el favor y que aplacarían sus maneras arrebatadas y sus modos escandalosos de las tardes. Pero no fue así. Creo, en realidad, que ponerle un abrigo tan suave y tan parecido a una capa, abotonado de arriba a abajo, tuvo en él un efecto pernicioso, si hacemos caso de la máxima que dice que demasiada avena es mala para los caballos. De hecho, igual que se dice que el caballo intranquilo, con mucha avena se muestra engreído, lo mismo le pasó a Turkey con el abrigo; fue como una reacción. Le hizo ponerse impertinente. Era un hombre a quien la prosperidad perjudicaba.

A pesar de que yo tenía mis teorías personales en cuanto a los hábitos autocomplacientes de Turkey, en lo tocante a Nippers, no obstante, estaba convencido de que fueran cuales fueran sus defectos en otros aspectos, él era al menos un joven comedido. Aunque, ciertamente, la propia naturaleza parecía haber sido su vinatera y al nacer ya le dotó muy a conciencia con el temperamento áspero del coñac; tanto que ya no era necesaria ninguna otra bebida. Cuando pienso cómo, en medio de la tranquilidad de la oficina, Nippers algunas veces se levantaba impacientemente y se echaba encima de la mesa, extendiendo sus brazos todo lo ancho que alcanzaban, y agarraba el escritorio, moviéndolo y sacudiéndolo contra el suelo con un movimiento brusco y enérgico, como si la mesa fuese un corrupto representante de la beneficencia, resuelto a golpearlo y a derrotarlo, entonces, veo con perfecta claridad que para Nippers el coñac era algo totalmente superfluo.

Fue una suerte para mí que, por ese motivo en particular, la indigestión, la irritabilidad y el consiguiente nerviosismo de Nippers resultaran evidentes por la mañana principalmente, mientras que por la tarde, en comparación, se mostraba afable. De tal manera que como los accesos violentos de Turkey sobrevenían sobre las doce en punto, nunca tuve que enfrentarme a ambas excentricidades a la vez. Sus ataques, como los guardias, se relevaban el uno al otro. Cuando Nippers estaba de servicio, Turkey no lo estaba y viceversa. Este era un arreglo bueno y natural a la vista de las circunstancias.

Ginger Nut, el tercero de la lista, era un chaval de unos doce años. Su padre era un conductor de carreta deseoso de ver, antes de morir, a su hijo sobre el estrado de un tribunal en vez de sobre un carro. Por eso lo mandó a mi oficina como estudiante de derecho y como chico de los recados, además de para barrer y limpiar; todo por un dólar a la semana. Tenía un escritorio pequeño para él, aunque no lo utilizaba mucho. Si te fijabas, en su cajón podías encontrar una gran colección de cáscaras de diferentes tipos de frutos secos. De hecho, para este joven de mente despierta, la noble ciencia del derecho cabía en una cáscara de nuez. Entre las tareas de Ginger Nut, la de abastecedor de pasteles y manzanas de Turkey y de Nippers no era la menos importante; y además era la que cumplía con más presteza. Habida cuenta de que la transcripción de documentos legales era una clase de actividad por lo común árida y áspera, mis dos escribientes, de buen grado, se refrescaban la boca a menudo con manzanas Spitzenberg que se podían adquirir en los numerosos puestos que había alrededor de la Casa de Aduanas y de la Oficina de Correos. Y también mandaban continuamente a Ginger Nut a por ese pastel tan particular —un pastel pequeño, plano, redondo y muy picante— a propósito del cual le habían bautizado. Una fría mañana en la que la actividad estaba especialmente aburrida, Turkey engulló montones de estos pasteles como si fueran simples galletas de barquillo —de hecho los venden al precio de seis u ocho por centavo—, confundíéndose el roce de su plumilla con el ruido que los crujientes pedazos hacían en su boca. Entre todos los garrafales errores vespertinos y los aturullados arrebatos de Turkey, recuerdo una vez que se metió una torta de jengibre en la boca, y una vez empapada la estampó sobre la escritura de una hipoteca a modo de lacre. Me faltó poquísimo para despedirlo en aquel mismo instante. Pero me calmó haciendo una reverencia oriental, mientras decía: «Con permiso, señor, ha sido una muestra de generosidad por mi parte haber conseguido un artículo de escritorio para usted a mis expensas».

En fin, mi primer negocio, el de gestor de traspasos de bienes inmuebles, buscador de títulos de propiedad y redactor de documentos oscuros de todo tipo, se vio incrementado considerablemente al aceptar la oficina del Secretario del Tribunal de la Equidad. Ahora sí que había mucho trabajo para los escribientes. No se trataba solo de exigirles más a los empleados que ya estaban conmigo, sino que debía conseguir

ayuda adicional. En respuesta a mi anuncio, una mañana apareció un joven apacible ante las puertas de la oficina, que al ser verano estaban abiertas. Todavía puedo ver aquella figura, pálidamente pulcra, lastimosamente respetable, incorregiblemente desolada. ¡Ese era Bartleby!

Después de algunas palabras sobre sus aptitudes, lo contraté, contento por tener dentro de mi cuerpo de copistas a un hombre de aspecto tan singularmente tranquilo, lo cual, pensé, podía resultar beneficioso para el carácter inconstante de Turkey o para el carácter encendido de Nippers.

Debería haber dicho antes que la oficina estaba dividida en dos partes por unas puertas abatibles de cristal esmerilado; una de ellas estaba ocupada por los escribientes y la otra por un servidor. Según me encontrara de humor, así mantenía las puertas, abiertas o cerradas. Decidí asignarle a Bartleby un rincón junto a las puertas, pero en mi lado, de tal manera que, en caso de tener que hacer alguna cosa de poca importancia, tendría a mano a este hombre tan templado. Coloqué su escritorio pegado a una pequeña ventana lateral que había en esa parte de la sala, ventana que en sus orígenes ofreció una vista de soslayo a unos patios traseros y a unos ladrillos mugrientos, pero que, debido a posteriores construcciones, actualmente no disponía de vista alguna; no obstante, entraba algo de luz. Como a un metro de la ventana había un muro y la luz descendía desde muy arriba, entre dos edificios altos, como si viniese de una de esas diminutas linternas que hay en las cúpulas. Aún más, para alcanzar una solución satisfactoria, compré una mampara verde, alta y plegable, que podía mantener a Bartleby fuera del alcance de mi vista, completamente aislado, pero que no le impediría oírme. Y así, de alguna manera, se unían privacidad y compañía.

Al principio Bartleby llevó a cabo una gran cantidad de escritos. Como si hubiera estado tiempo hambriento de copiar, parecía atiborrarse con mis documentos. No realizaba descanso alguno para la digestión. Seguía un método diurno y otro nocturno; copiaba a la luz del sol y a la luz de la vela. Me habría quedado bastante impresionado por su diligencia si, amén de aplicado, hubiera sido también un hombre alegre. Pero escribía y escribía, en silencio, de una manera lánguida, mecánica.

Una parte indispensable de las actividades de un escribiente es, por supuesto, verificar la fidelidad de su copia, palabra por palabra. Cuando hay dos escribientes o más, se ayudan entre ellos para realizar esta comprobación: uno lee la copia y el otro controla el original. Es algo verdaderamente aburrido, tedioso y soporífero. Me puedo imaginar a la perfección que para los de carácter alegre, esto sería algo completamente inaguantable. Por ejemplo, no podría imaginarme al fogoso poeta Byron sentado felizmente con Bartleby revisando un documento legal de, digamos, quinientas páginas, escrito con esmero y con una letra llena de florituras.

De vez en cuando, en la vorágine de los negocios, yo tenía la costumbre de ponerme personalmente a ayudar en el cotejo de algún documento breve y para estos quehaceres llamaba a Turkey o a Nippers. Uno de los motivos por los que coloqué a Bartleby cerca de mí, detrás de la mampara y tan a mano, fue el de aprovecharme de sus servicios en estas ocasiones tan triviales. Fue —creo— al tercer día de estar conmigo y antes de que hubiera surgido necesidad alguna de examinar sus propios escritos, cuando con mucha prisa por terminar un pequeño asunto que tenía entre manos, llamé a Bartleby repentinamente. Esperando lógica y solícitamente que me respondiera al instante, me senté con la cabeza inclinada sobre el original que tenía en mi escritorio, mientras que, con el brazo derecho extendido a un lado y algo nervioso, sostuve la copia en la mano, de tal manera que Bartleby pudiera cogerla y ponerse con el tema sin la menor dilación, según saliera de su refugio.

Esta fue exactamente la actitud con la que me senté cuando lo llamé, indicándole de prisa lo que quería que hiciera, a saber: revisar conmigo un breve documento. Imaginen mi sorpresa —mejor dicho, mi consternación— cuando, sin moverse de su retiro, Bartleby, con una voz particularmente suave pero firme, contestó: «Preferiría no hacerlo».

Me senté un rato en absoluto silencio, recuperando mis aturridos sentidos. Se me ocurrió de inmediato que quizá mis oídos me habían engañado o que Bartleby había malinterpretado completamente lo que había querido decir. Reiteré mi requerimiento con el tono más claro que pude adoptar. Pero la misma respuesta surgió casi con la misma claridad: «Preferiría no hacerlo».

—Preferiría no hacerlo —repetí yo como si fuera su eco, levantándome muy alterado y cruzando la habitación de una zancada—. ¿Qué quiere decir? ¿Está usted chiflado? Quiero que me ayude a revisar esta hoja de aquí, ¡tenga! —y se la acerqué con cierta brusquedad.

—Preferiría no hacerlo —dijo.

Lo miré fijamente. Su cara estaba violentamente serena, su mirada gris sutilmente tranquila. No asomó ni una muestra de inquietud. Si hubiera habido en sus maneras la menor intranquilidad, el menor enfado, la más mínima muestra de impaciencia o de impertinencia o, en otras palabras, si hubiera habido cualquier matiz medianamente humano en él, lo habría echado violentamente de la oficina sin dudar. Pero tal y como sucedió, hubiera sido como poner mi busto de Cicerón, de pálida escayola, de patitas en la calle. Permanecí mirándolo fijamente un rato, mientras él continuaba ensimismado con su escritura, tras lo cual volví a sentarme en mi escritorio. «Esto es muy raro —pensé—. ¿Qué es lo mejor que puedo hacer?» Como este asunto me corría prisa, decidí olvidar la cuestión por el momento y dejarla para cuando tuviera tiempo

libre. Así que llamé a Nippers, que estaba en la otra habitación, y revisamos el documento rápidamente.

Unos días después de este incidente, Bartleby terminó cuatro documentos muy largos, que eran cuadruplicados de una declaración que se tomó ante mí durante toda una semana en el Tribunal Superior de la Equidad. Era necesario reisarlos. Se trataba de un juicio importante y era imprescindible hacerlo con gran precisión. Una vez tuve todas las cosas listas llamé a Turkey, a Nippers y a Ginger Nut, que estaban en la habitación contigua, con la intención de colocar las cuatro copias en las manos de mis cuatro empleados, mientras que yo leía el original. Turkey, Nippers y Ginger Nut se sentaron en fila automáticamente, cada uno con su documento en la mano, momento en el cual llamé a Bartleby para que se uniera a este grupo tan interesante.

—¡Bartleby, rápido, lo estoy esperando!

Escuché cómo las patas de su silla emitían un lento crujido contra el suelo, que estaba sin enmoquetar, y pronto apareció en la entrada de su refugio.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó afablemente.

—¡Las copias, las copias! —dije apresuradamente—. Vamos a revisarlas. Allí —y le acerqué la cuarta copia.

—Preferiría no hacerlo —dijo; y desapareció tras la mampara.

Por unos instantes me convertí en estatua de sal, allí de pie a la cabeza de mi columna de empleados sentados. Una vez recuperado, avancé hacia la mampara y le exigí una explicación para ese comportamiento tan asombroso.

—¿Por qué se niega?

—Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro, yo habría montado instantáneamente en cólera, habría desdeñado cualquier conversación adicional y lo habría empujado vilmente fuera de mi vista. Pero había algo en Bartleby que no solo me descolocaba de una manera extraña, sino que me enternecía y desconcertaba de un modo maravilloso. Comencé a razonar con él.

—Las que estamos a punto de revisar son todas copias tuyas. Es una tarea que le estamos ahorrando, pues una única revisión servirá para sus cuatro documentos. Es una práctica común. Cada copista está obligado a ayudar en la revisión de su copia. ¿De acuerdo? Pero, ¿no va a hablar? ¡Conteste!

—Prefiero no hacerlo —contestó con un tono que parecía el de una flauta.

En mi opinión, mientras yo había estado dirigiéndome a él, él había estado dándole vueltas a cada una de mis afirmaciones detenidamente, entendía totalmente su significado y no podía rebatir la conclusión resultante. Pero a la vez, algún factor primordial prevalecía en él para contestar como lo hacía.

—Entonces, ¿está decidido a no cumplir con mi encomienda, solicitud que le hago siguiendo la costumbre y el sentido común?

Brevemente me dio a entender que mi fallo sobre ese asunto era correcto. Sí, su decisión era irrevocable.

No son contadas las ocasiones en las que cuando un hombre es intimidado de una manera sin precedentes y categóricamente poco razonable, comienza a tambalearse en su propia y más pura fe. Empieza suponiendo de manera imprecisa —y así sucedió por asombroso que pueda resultar— que toda la justicia y toda la razón están del otro lado. Por lo tanto, si hay alguna persona imparcial presente, se vuelve hacia ella en busca de alguna reafirmación a su propia y titubeante mente.

—Turkey —dije—, ¿qué opina usted de esto? ¿No tengo razón?

—Con permiso, señor —dijo Turkey con su tono más anodino—, creo que la tiene.

—Nippers —dije—, ¿qué opina usted de esto?

—Creo que debería echarlo de la oficina.

(El lector de aguda perspicacia ya se habrá dado cuenta de que, al no ser aún las doce, la respuesta de Turkey estuvo formulada en unos términos educados y serenos, mientras que Nippers contestó de malhumor. O, por repetir una sentencia anterior, el mal genio de Nippers estaba de servicio y el de Turkey no).

—Ginger Nut —dije, con la intención de conseguir hasta el más mínimo voto a mi favor—, ¿qué piensa de todo esto?

—Señor, creo que está un poco chiflado —contestó Ginger Nut con una sonrisa.

—Escuche lo que dicen —dije volviéndome hacia la mampara—; venga y cumpla con su obligación.

Pero no se dignó responder. Por un momento me quedé cavilando con una crispada perplejidad. Pero una vez más, el asunto urgía. Tomé de nuevo la determinación de posponer este dilema y reflexionar sobre aquello más adelante, en mi tiempo libre. Nos las arreglamos, con algún problema, para revisar los documentos sin Bartleby, aunque a cada página o a cada dos, Turkey soltaba respetuosamente su opinión sobre esta manera de proceder, indicando que era algo totalmente fuera de lo común; mientras Nippers, moviéndose en la silla con un dispéptico nerviosismo, aportaba esporádicas y sibilantes maldiciones entre sus sólidos dientes en contra del testarudo zopenco que había detrás de la mampara. Y por lo que a él —a Nippers— le tocaba, esta era la primera y la última vez que haría el trabajo de otro sin cobrar.

Mientras tanto Bartleby seguía sentado en su refugio, haciendo caso omiso a todo, excepto a su propio y singular trabajo.

Pasaron algunos días; el escribiente estaba entregado a otro trabajo largo y tedioso. Su sorprendente conducta de los últimos días me indujo a observar su

método exhaustivamente. Advertí que nunca salía a almorzar; de hecho, nunca salía a ningún lado. Hasta ese momento, yo nunca le había visto marcharse de la oficina. Era el eterno centinela del rincón. Hacia las once en punto de la mañana, no obstante, noté que Ginger Nut avanzaba hacia la abertura de la mampara de Bartleby, como si alguien le hubiera hecho señas en silencio desde allí, con gestos invisibles para mí desde el lugar en el que estaba sentado. El chico salió entonces de la oficina haciendo sonar algunos centavos y reapareció con un puñado de tortas de jengibre, que entregó en el refugio, a cambio de lo cual recibió dos de esas tortas por la molestia.

«Entonces, vive de tortas de jengibre —pensé—. Hablando con propiedad, nunca almuerza. Así que debe de ser vegetariano. Pero no. Nunca come siquiera verduras; no come nada excepto tortas de jengibre.» Entonces, mi mente comenzó a soñar despierta en referencia a los efectos que probablemente tendría en la constitución humana vivir exclusivamente de tortas de jengibre. A las tortas de jengibre se las llama así porque uno de sus componentes característicos es el jengibre, que es el que da todo su sabor. Bueno, ¿y qué era el jengibre? Algo picante. ¿Era Bartleby picante? En absoluto. Por lo tanto, el jengibre no tenía ningún efecto en Bartleby. Probablemente él prefería que no lo tuviera.

No hay nada que exaspere más a una persona seria que una resistencia pasiva. Si el individuo que padece la resistencia no tiene un carácter inhumano y el que la opone es perfectamente inofensivo en su pasividad, entonces el primero, con sus mejores modos, se empeñará generosamente en interpretar con su ingenio lo que resulta imposible dilucidar con la razón. Incluso así, en general, yo tenía una buena opinión de Bartleby y de sus costumbres. «¡Pobre hombre! —pensé—, no supone ningún problema. Está claro que no pretende ser impertinente. Su aspecto pone de manifiesto suficientemente que sus excentricidades son involuntarias. Me resulta útil. Puedo llevarme bien con él. Si lo rechazo, lo más probable es que caiga en manos de algún patrón menos indulgente y, entonces, lo tratarán con brusquedad y quizá lo empujen a morir de hambre miserablemente. Sí, entonces, con poco dinero puedo comprar un grato engrandecimiento personal. Hacerme amigo de Bartleby, seguirle la corriente en su extraña voluntad me costará poco o nada y mientras, yo custodiaré en mi alma lo que al final terminará siendo un dulce bocado para mi conciencia.» Pero esta euforia no me duraba siempre. La pasividad de Bartleby me irritaba algunas veces. Me sentía extrañamente empujado a topármelo en un nuevo desacuerdo para provocar, en respuesta, alguna chispa de cólera por su parte. Mas, efectivamente, también podía haber probado a prender fuego con mis nudillos contra un trozo de jabón de Windsor. Sin embargo, una tarde me dominó una vena maligna y a continuación tuvo lugar la siguiente escenita:

—Bartleby —dije—, cuando haya copiado todos esos documentos, los revisaré con usted.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Cómo? Seguro que no quiere insistir en esa testaruda manía.

No hubo respuesta.

Abrí las puertas adyacentes de un empujón y, volviéndome a Turkey y a Nippers, exclamé con modos alterados:

—¡Dice, por segunda vez, que no revisará sus documentos! ¿Qué piensa de esto, Turkey?

Ya era por la tarde; no debe olvidarse ese detalle. Turkey estaba sentado cual hervidor de latón, su calva echando vapor y sus manos haciendo rollos con los papeles manchados.

—¿Que qué pienso? —bramó Turkey—, ¡pienso que voy a saltar detrás de esa mampara y le voy a poner los ojos morados!

Según dijo eso, Turkey se levantó y puso los brazos en una postura pugilística. Estaba ya alejándose rápidamente para cumplir su promesa, cuando lo detuve, asustado por el efecto de haber provocado imprudentemente la hostilidad de Turkey tras la comida.

—Siéntese Turkey —dije— y escuche lo que tiene que decir Nippers. ¿Qué piensa de todo esto, Nippers? ¿No tendría justificación si despidiera inmediatamente a Bartleby?

—Perdone, señor, pero eso es algo que le toca decidir a usted. Creo que su conducta es bastante inusual y, más aún, injusta respecto a Turkey y a mí. Pero puede que solo sea un capricho pasajero.

—¡Ah! —exclamé—, así que, aunque parezca raro, ha cambiado de opinión; ahora habla de él con mucha delicadeza.

—Es todo por la cerveza —gritó Turkey—; esa delicadeza es efecto de la cerveza: hoy he comido con Nippers. Vea usted lo delicado que soy yo, señor. ¿Quiere que vaya y le ponga los ojos morados?

—Supongo que se refiere a Bartleby. No, hoy no, Turkey —contesté—; le ruego que vuelva a poner los puños en su sitio.

Cerré las puertas y avancé de nuevo hacia Bartleby. Había incentivos adicionales que me tentaban. Ansiaba que se rebelara contra mí de nuevo. Y recordé que Bartleby nunca abandonaba la oficina.

—Bartleby —dije—, Ginger Nut ha salido; haga el favor de acercarse a la Oficina de Correos —no se tardaba más de tres minutos a pie— y compruebe si hay algo para mí, ¿vale?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Que no lo hará?

—Prefiero no hacerlo.

Me fui tambaleando hasta mi escritorio y me senté allí a estudiar el asunto con detenimiento. Mi ciega obstinación regresó. ¿Había alguna otra cosa con la que yo pudiera conseguir que esta flaca y pobre criatura, este oficinista al que había contratado, me contradijera de una manera humillante? ¿Existe alguna otra cosa, algo perfectamente razonable, que pueda, con toda seguridad, negarse a hacer?

—¡Bartleby!

No hubo respuesta.

—¡Bartleby! —dije con un tono más alto.

No hubo respuesta.

—¡Bartleby! —grité.

Como un verdadero fantasma, de acuerdo a las leyes de la invocación mágica, al tercer llamamiento apareció en la entrada de su refugio.

—Vaya al cuarto de al lado y dígame a Nippers que venga a verme.

—Preferiría no hacerlo —dijo despacio y con respeto, mientras desaparecía dócilmente.

—Muy bien, Bartleby —dije en un tono serenamente grave, tranquilo y flemático, insinuando mi determinación irrevocable de algún castigo terrible e inminente. En ese mismo momento mi intención fue hacer algo parecido. Pero por encima de todo, puesto que se acercaba mi hora de comer, pensé, con gran perplejidad y angustia mentales, que por ese día era mejor ponerme el sombrero e irme a casa dando un paseo.

¿Quieren que lo admita? El desenlace de todo esto fue que pronto se instituyó en la oficina, como algo definitivo, que un joven y pálido escribiente, de nombre Bartleby, tenía allí un escritorio; que copiaba para mí a la tarifa normal de cuatro centavos el folio —las cien palabras—, pero estaba exento siempre de revisar el trabajo que hacía, pues ese deber quedaba transferido a Turkey y a Nippers, una tarea de cortesía, sin duda, ante su superior eficiencia; además, nunca, bajo ningún concepto, se mandaría a Bartleby a un recado, aun el más nimio, fuese del tipo que fuese; y más aún, si se le rogaba que se ocupase de algo así, se entendería que por lo general preferiría no hacerlo. En otras palabras, se negaría categóricamente.

Según fueron pasando los días, me reconcilé con Bartleby en gran medida. Su seriedad, su falta de desenfreno, su constante diligencia —excepto cuando él decidía entregarse despierto a una ensoñación tras su mampara—, su gran calma, su inalterabilidad de conducta ante cualquier circunstancia, todo eso lo convertía en una valiosa adquisición. Un factor fundamental era que siempre estaba allí. Por la mañana era el primero, a lo largo del día estaba permanentemente, y por la noche siempre era el último. Tenía una confianza particular en su honradez. Sentía que mis documentos más preciados estaban perfectamente a salvo en sus manos. A veces, por supuesto, aunque me fuera la vida en ello, no podía evitar tener accesos espasmódicos contra él, ya que era sumamente difícil tener constantemente en la cabeza aquellas extrañas rarezas, esos privilegios y esas insólitas exoneraciones, que constituían las condiciones tácitas con las que Bartleby permanecía en mi oficina. De vez en cuando, con el deseo de sacar adelante asuntos urgentes, sin darme cuenta llamaba a Bartleby con un tono corto y rápido, para que pusiera el dedo, por ejemplo, en el lazo incipiente de un trozo de balduque con el que yo estaba a punto de atar algunos documentos. Por supuesto, desde detrás de la mampara, seguro que iba a surgir la contestación de costumbre: «Preferiría no hacerlo». Y así, ¿cómo podía una criatura humana con las debilidades normales de nuestra naturaleza abstenerse de manifestar amargamente su indignación ante tal desobediencia, ante tal falta de razón? Sin embargo, cada nueva negativa que recibía de este tipo servía solo para que se redujeran las probabilidades de que yo repitiese tal descuido.

En este punto debo decir que, conforme a la costumbre de la mayoría de los abogados con oficinas en edificios destinados a asuntos legales en las que trabajaba mucha gente, existían varias copias de la llave de la puerta. Una de ellas la tenía una mujer que vivía en la buhardilla; venía a la oficina a fregar una vez por semana, y a barrer y a limpiar el polvo a diario. Otra la tenía Turkey por comodidad. La tercera a veces la llevaba yo en mi propio bolsillo y la cuarta ni sabía quién la tenía.

Así que un domingo por la mañana fui casualmente a escuchar a un famoso predicador a la *Trinity Church*, y como llegué allí bastante pronto, se me ocurrió que en ese rato podía acercarme a la oficina dando un paseo. Por suerte llevaba la llave conmigo, pero al meterla en la cerradura noté cierta resistencia, como si hubiese algo metido por dentro. Con gran sorpresa, llamé a la puerta y, para mi asombro, alguien giró una llave desde dentro. Como una aparición, asomó Bartleby, en mangas de camisa y con una bata increíblemente andrajosa; mientras sujetaba la puerta entreabierta, comenzó a acercar su enjuto semblante hacia mí, diciéndome en voz baja que lo sentía pero que justo en ese instante estaba muy liado y prefería no dejarme entrar. Apenas con una o dos palabras más, añadió que tal vez era mejor que me diera dos o tres vueltas alrededor del edificio y así, para entonces, él habría terminado con sus cosas.

Pues bien, la presencia totalmente insospechada de Bartleby en mi oficina una mañana de domingo, con su cortés y cadavérica flema, aunque firme y sereno a la vez, tuvo un efecto tan extraño en mí que hui atropelladamente de mi propia puerta e hice lo que él deseaba. Pero no sin sentir innumerables punzadas de impotente rebeldía contra la afable desfachatez de este insólito escribiente. En efecto, era su maravillosa afabilidad, principalmente, la que no solo me desconcertaba sino que también me acobardaba, como de hecho sucedía. Pues considero que, de alguna manera, uno es un cobarde en el momento en que permite, sin perturbarse, que su empleado le dé órdenes y le mande marcharse de sus propias oficinas. Además, sentía un total desasosiego por lo que Bartleby pudiera estar haciendo en mi oficina un domingo por la mañana en manga corta y, más aún, con ese aspecto tan descuidado. ¿Estaba sucediendo algo indebido? En absoluto, ni hablar. La posibilidad de que Bartleby fuera una persona inmoral era algo completamente impensable. Pero, ¿qué podía estar haciendo allí? ¿Copiar algo? No, de nuevo no; fueran las que fueran sus excentricidades, Bartleby era una persona sumamente decorosa. Sería el último en sentarse a su escritorio con la intención de cometer un delito. Además, era domingo y había algo en Bartleby que impedía pensar en la posibilidad de que él estuviera violando las convenciones del día con algún quehacer profano.

No obstante, mi mente no se apaciguaba, e invadido por una impaciente curiosidad regresé por fin a la puerta. Introduce la llave sin obstáculo alguno, abrí y entré. No vi a Bartleby. Miré alrededor con inquietud y me asomé detrás de su mampara, pero era obvio que se había marchado. Tras registrar el lugar con más detenimiento, supuse que Bartleby posiblemente había estado comiendo, vistiéndose y durmiendo en la oficina durante un tiempo indeterminado y además sin platos, sin espejo y sin cama. El asiento almohadillado de un viejo y desvencijado sofá que había en un rincón mantenía la ligera huella de una forma delgada y yacente. Enrollada bajo su escritorio, encontré una alfombra; en la chimenea vacía, una caja de betún negro y un cepillo; en una silla, una palangana con jabón y una toalla harapienta; en un periódico, unas pocas migas de torta de jengibre y un cachito de queso. Sí, pensé, es bastante evidente que Bartleby ha convertido esto en su casa, un piso de soltero todo para él. Inmediatamente después me sobrevino una idea que recorrió todo mi cuerpo: «¡Qué falta de amistad y qué soledad tan miserables se ponen aquí de manifiesto! Su pobreza es grande, pero su soledad... ¡qué horrible! Piénsenlo». Los domingos, Wall Street está tan desierto como Petra; cada noche de cada día se hace el vacío. Igual pasa con este edificio. A lo largo de la semana bulle de vida y dinamismo, mientras que al caer la noche resuena por mera vacuidad; y los domingos queda deshabitado. Y Bartleby convierte este lugar en su hogar; espectador exclusivo de una soledad que ha conocido completamente poblada, ¡una especie de Mario, inocente y transformado, meditando entre las ruinas de Cartago!

Por primera vez en mi vida me envolvió un sentimiento de melancolía abrumadoramente punzante. Anteriormente, nunca había sentido nada, excepto una tristeza que no me resultaba desagradable, pero en ese momento, el vínculo que me unía a la vulgar humanidad me empujaba irresistiblemente a la depresión. ¡Una melancolía fraternal! Pues los dos, Bartleby y yo, éramos hijos de Adán. Recordé las sedas brillantes y las caras relucientes que había visto aquel día con vestidos de gala, navegando río abajo, cual cisnes, por el Mississippi de Broadway. Los comparaba con el pálido copista y pensaba para mis adentros: «¡Ay! la felicidad busca la luz y por eso creemos que todo el mundo es feliz. Sin embargo, el sufrimiento se oculta en la distancia, motivo por el cual pensamos que el sufrimiento no existe». Todos estos frutos de la imaginación, quimeras, sin duda, de un cerebro enfermo y estúpido, conducían a otros pensamientos más particulares, referidos a las excentricidades de Bartleby. Me rondaban premoniciones de extrañas revelaciones. La pálida forma del escribiente se me aparecía dibujada en su escalofriante mortaja, entre apáticos desconocidos.

De repente me sentí atraído por el escritorio de Bartleby que, aunque estaba cerrado, tenía la llave a la vista metida en la cerradura.

«No pretendo cometer ninguna maldad —pensé—, sino buscar satisfacción a una simple curiosidad. Además, el escritorio es mío y lo que contiene también, por lo que me tomaré la libertad de mirar dentro.» Todo estaba metódicamente colocado y los documentos puestos convenientemente. Los casilleros eran profundos, pero quité los archivadores y metí la mano en los huecos. En ese momento sentí algo y lo saqué. Era un viejo pañuelo de colores algo tosco que estaba anudado, una especie de *bandanna*. Lo abrí y vi que se trataba de una caja de ahorros.

Entonces recordé los ocultos misterios que había detectado en ese hombre. Recordaba que nunca hablaba excepto para contestar; que, aunque en los descansos tenía bastante tiempo para sí mismo, nunca lo había visto leer, ni siquiera un periódico; que durante largos periodos se quedaba de pie mirando hacia fuera, al muro de ladrillo, a través de la sombría ventana que había detrás de su mampara; estaba casi seguro de que nunca visitaba un refectorio o una casa de comidas, pues su pálida cara indicaba con claridad que nunca bebía cerveza, como Turkey, ni siquiera té o café, como otros; que nunca iba a ningún sitio en particular que yo supiera; nunca salía a dar un paseo, a no ser, efectivamente, el que en ese mismo momento se estaba dando; que había rehusado a decir quién era o de dónde era o si tenía familiares en el mundo; que aunque era muy delgado y estaba muy pálido, nunca se quejaba de tener una salud enfermiza. Y más aún, recordaba un cierto e inconsciente aire de pálida —¿cómo llamarlo?—, de pálida altivez —diría—, o más bien, una adusta frialdad que, sin duda, me empujaba por miedo a amoldarme mansamente a sus excentricidades cada vez

que le pedía con horror que me hiciera la cosa más circunstancial, aunque supiese, por su ya constante quietud, que debía de estar de pie detrás de su mampara, en una de sus ensoñaciones frente al muro.

Mientras le daba vueltas a todas estas cosas, así como al reciente descubrimiento de que mi oficina se había convertido en su trabajo y en su hogar permanentes, sin olvidar su patológica melancolía, según le iba —decía— dando vueltas a todo esto, comenzó a invadirme una sensación de prudencia. Mis primeros sentimientos fueron de pura melancolía y de la más sincera pena; pero en la misma proporción en la que la tristeza por Bartleby crecía cada vez más en mi imaginación, aquella misma melancolía se convertía en miedo y la pena en repulsión. Y eso es tan cierto y tan terrible a la vez, como que la idea o la imagen de la miseria, hasta cierto límite, evoca nuestros mejores afectos; pero, en algunos casos en particular, si se sobrepasa esa línea, ya no sucede lo mismo. Yerran los que afirman que esto es siempre debido al egoísmo inherente al corazón humano. Más bien se desprende de una cierta falta de esperanza para remediar el mal excesivo e innato. Para un ser sensible, la pena supone muchas veces dolor. Y cuando por fin uno se da cuenta de que esta pena no aporta una ayuda efectiva, el sentido común ordena al alma que se deshaga de ella. Lo que vi aquella mañana me convenció de que el escribiente era la víctima de un problema innato e incurable. Podía darle una limosna a su cuerpo, pero no era su cuerpo lo que le dolía; era su alma la que sufría, y yo no podía acceder a su alma.

Aquella mañana no cumplí mi propósito de ir a la *Trinity Church*. De algún modo, las cosas que había visto me inhabilitaron momentáneamente para ir a la iglesia. Me fui paseando a casa, pensando qué iba a hacer con Bartleby. Por fin, tomé una decisión; a la mañana siguiente le plantearía algunas preguntas afables, haciendo mención a su vida, etcétera, y si se negaba a contestarlas abiertamente y sin reservas —y ya suponía que preferiría no hacerlo—, entonces le daría un billete de veinte dólares como complemento a lo que le debiera, fuera lo que fuera, y le diría que ya no se requerían sus servicios; pero que si lo podía ayudar de cualquier otro modo, estaría encantado de hacerlo; en particular, si deseaba volver a su ciudad natal, sin importar donde estuviese, lo ayudaría de buen grado a sufragar los costes. Además, si después de llegar a casa, se encontraba en cualquier momento necesitado de ayuda, una carta suya tendría respuesta asegurada.

Vino a la mañana siguiente.

—Bartleby —dije en un tono tranquilo y más que moderado—, venga aquí; no le voy a pedir que haga algo que usted preferiría no hacer. Simplemente desearía hablar con usted.

Después de eso apareció sigilosamente.

—¿Usted me diría, Bartleby, en dónde ha nacido?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Me contaría algo sobre su persona?

—Preferiría no hacerlo.

—Pero ¿qué objeción razonable puede tener para hablar conmigo? Yo me considero amigo suyo.

Él ni me miró mientras yo le hablaba, sino que mantuvo su mirada fija en mi busto de Cicerón que, colocado justo detrás de mí, sobresalía unos 15 centímetros por encima de mi cabeza.

—¿Qué me responde, Bartleby? —dije, después de esperar una respuesta por un tiempo considerable. En todo ese rato su semblante permaneció inalterable, exhibiendo tan solo un temblor de lo más leve en su blanca y desnuda boca.

—Por ahora preferiría no dar respuesta alguna —dijo, tras lo cual se retiró a su refugio.

Confieso que fui bastante débil pero, en esta ocasión, sus modos me molestaron. No solo parecía esconder un cierto desdén, sino que también su desobediencia parecía ingrata, teniendo en cuenta las innegables buenas maneras y la indulgencia que había recibido por mi parte.

Me senté de nuevo, cavilando qué debía hacer. Avergonzado, como estaba, por su comportamiento y decidido, como había venido, a despedirle según entrara en la oficina, sentí no obstante, por raro que pueda parecer, que algo sobrenatural llamaba a mi corazón y me prohibía llevar a cabo mi propósito, a la vez que me acusaba de villano si osaba pronunciar una sola palabra amarga contra el más triste de los hombres. Por fin, empujando mi silla con cierta familiaridad tras su mampara, me senté y dije:

—Bartleby, bueno, no importa si cuenta su vida o no, pero permítame que le suplique, como amigo, que cumpla con las costumbres de esta oficina todo lo que pueda. Dígame ahora que mañana o pasado mañana ayudará con la revisión de los documentos. Resumiendo, dígame ahora que en un día o dos empezará a mostrarse un poco razonable. Dígamelo, Bartleby.

—Ahora mismo preferiría no ser ni un poco razonable —fue su dócil y cadavérica respuesta.

Justo en ese momento se abrieron las puertas abatibles y entró Nippers. Parecía haber tenido una mala noche, provocada por una indigestión más grave de lo normal. Por casualidad escuchó las últimas palabras de Bartleby.

—Preferiría no..., ¿eh? —bramó Nippers— si yo fuera usted lo preferiría a él —dijo dirigiéndose a mí—. Yo lo preferiría a él; ¡le iba a dar yo preferencias a esa mula terca! Señor, ¿qué es lo que prefiere no hacer ahora?

Bartleby no movió ni un dedo.

—Sr. Nippers —dije—, preferiría que se retirara por ahora.

Por alguna razón, últimamente había cogido la involuntaria costumbre de utilizar esta palabra —«preferir»— en muchas ocasiones y no precisamente las más apropiadas. Y temblaba al pensar que mi contacto con el escribiente ya me había afectado psicológicamente y de una manera seria. ¿Qué otra aberración más grave podía presentarse todavía? Tal aprensión sirvió para decidirme por una vía sumaria.

Mientras Nippers se marchaba con semblante avinagrado amén de malhumorado, ahí llegaba Turkey, afable y respetuoso.

—Con permiso, señor —dijo—, ayer estuve pensando aquí en Bartleby, y creo que si simplemente prefiriese ingerir un litro de buena cerveza todos los días, eso sería más que bueno para enderezarlo y para hacer que ayudara a revisar sus documentos.

—Así que usted también usa la palabra —dije algo nervioso.

—¿Qué palabra, señor?

—Preferiría quedarme solo —dijo Bartleby, ofendido por ser acosado en su privacidad.

—Esa es la palabra, Turkey, esa —dije.

—Ah, ¿«preferir»? Ah, sí, una palabra extraña. Yo nunca la uso. Pero, señor, como iba diciendo, si él tan solo prefiriese...

—Turkey —interrumpí—, por favor, se puede retirar.

—Por supuesto, señor, si usted prefiere que lo haga.

Al abrir las puertas abatibles para retirarse, Nippers logró verme desde su escritorio y me preguntó si prefería papel azul o blanco para la copia de cierto documento. Aparentemente, no hizo ningún énfasis en la palabra «preferir». Estaba claro que se le había escapado; sin querer, se le había ido la lengua. Pensé para mis adentros: «sin duda tengo que deshacerme de un demente que, en alguna medida, ha aturdido la lengua, si no la cabeza, de mis empleados e incluso la mía». Pero pensé que resultaba prudente no despedirle de inmediato.

Al día siguiente me di cuenta de que Bartleby no hacía nada sino permanecer de pie ante su ventana, en su ensoñación frente al muro. A la pregunta de por qué no escribía, dijo que había decidido no volver a escribir.

—¿Por qué no? ¿Por qué ahora? ¡Y qué será lo siguiente! —exclamé—, ¿no va a volver a escribir?

—Nunca más.

—¿Y cuál es la razón?

—Usted puede ver el motivo por sí mismo —contestó con indiferencia.

Lo miré fijamente y percibí que sus ojos parecían apagados y vidriosos. En ese instante se me ocurrió que la diligencia sin precedente con la que había copiado durante las primeras semanas de su estancia conmigo, junto a esa ventana tan sombría, podría haberle dañado la vista.

Me llegó al alma. Dije algo por compasión. Insinué, por supuesto, que hacía bien al abstenerse de escribir durante un tiempo y lo insté a que aprovechara la oportunidad para hacer ejercicio al aire libre, pues era bueno para la salud. Sin embargo, no lo hizo. Unos días después, en un momento en el que no estaban mis otros empleados, y yo tenía mucha prisa por enviar algunas cartas por correo, pensé que Bartleby, como no tenía que hacer nada en absoluto, sería seguramente menos inflexible de lo normal y llevaría esas cartas a la oficina de correos. Pero rehusó tajantemente. Así que, con muchas molestias, fui yo mismo.

Todavía pasaron algunos días, y si los ojos de Bartleby mejoraban o no era algo que yo no podía decir. Por su aspecto, pensé que sí. Pero cuando le pregunté si mejoraban, no dijo palabra. De todos modos, no iba a copiar. Por fin, en respuesta a mis ruegos me informó de que había dejado de copiar de forma permanente.

—¡Qué! —exclamé—. Suponga que sus ojos se ponen bien del todo, mejor que en toda su vida. ¿No copiaría en ese caso?

—He dejado de copiar —contestó y se escabulló.

Se quedó en mi oficina, como siempre, como una parte del mobiliario. Mejor dicho, se convirtió —si era posible— todavía más en mueble que antes. ¿Qué debía hacer? No iba a hacer nada en la oficina. ¿Por qué tenía que permanecer allí? De hecho, se había convertido para mí en una rueda de molino, no solo inservible como collar, sino también dolorosa de llevar. Sin embargo, me daba mucha pena. No digo más que la verdad cuando digo que sentía cierto desasosiego; y todo por su culpa. Si tan solo hubiera mencionado a un familiar o a un amigo, yo le habría escrito una carta al momento para rogarle que se llevara a ese pobre hombre a un lugar adecuado. Pero parecía estar solo, absolutamente solo en el universo. Los restos de un naufragio en medio del Atlántico. Finalmente, las obligaciones ligadas a mi negocio imperaban sobre cualquier otro factor. De la manera más amable que pude, le dije a Bartleby que en seis días debía abandonar la oficina sin condiciones. Le avisé de que debía tomar medidas, entre tanto, para encontrar alguna otra morada. Me ofrecí a ayudarlo en el intento si él mismo daba el primer paso en la mudanza.

—Y cuando por fin se vaya, Bartleby —añadí—, velaré por que usted no se marche totalmente desamparado. Seis días a partir de este instante.

Una vez expiró ese plazo, eché un vistazo detrás de su mampara y, ¡sorpresa!, allí estaba Bartleby.

Me abotoné el abrigo, me puse derecho y avancé despacio hacia él; lo toqué en un hombro y le dije:

—Ha llegado el momento. Debe abandonar este lugar; lo siento por usted; aquí tiene el dinero, pero debe marcharse.

—Preferiría no hacerlo —contestó, dándome la espalda todavía.

—Debe marcharse.

Permaneció en silencio.

Por entonces tenía una confianza infinita en la comprobada honradez de este hombre. Como normalmente soy muy dejado con los botones de la camisa y todas esas cosas, él estaba constantemente devolviéndome las monedas de seis centavos o los chelines que se me caían al suelo. Así que nadie pensará que mi posterior manera de actuar fuese algo extraordinario.

—Bartleby —dije—, le debo doce dólares; aquí tiene treinta y dos; los veinte extra son suyos. ¿Va a aceptarlos? —y le acerqué los billetes.

Pero él ni se movió.

—Entonces los dejaré aquí —y los puse en la mesa, debajo de un pisapapeles. A continuación, después de coger el sombrero y el bastón, me fui hacia la puerta, me volví pausadamente y añadí—: Bartleby, una vez haya sacado sus cosas de esta oficina, cierre la puerta, por supuesto, pues, excepto usted, ya se han marchado todos para lo que queda del día. Por favor, ponga también la llave debajo del felpudo, y así mañana la podré coger yo. Ya no lo volveré a ver. Entonces, adiós. Si en lo sucesivo, en su nueva morada, puedo serle de ayuda, no deje de avisarme por medio de carta. Adiós, Bartleby, vaya con Dios.

Pero no contestó ni una palabra. Como la última columna de un templo en ruinas, permaneció de pie, en silencio y solo, en medio de la habitación desierta.

Mientras volvía andando a casa meditabundo, mi vanidad le ganó la batalla a mi piedad. No podía sino vanagloriarme en gran manera por la gestión magistral que había llevado a cabo para deshacerme de Bartleby. Magistralmente, digo; y así le debe parecer a cualquier persona imparcial. Lo maravilloso de mi proceder parecía estribar en su perfecta serenidad. No hubo groseras fanfarronadas, ni ningún tipo de bravuconadas, ni coléricas intimidaciones, ni grandes zancadas por la habitación de allá para acá, soltando impetuosas órdenes para que Bartleby se largase rápidamente con sus trastos de mendigo. Nada parecido. Sin pedirle a Bartleby a voz en grito que se marchara —tal y como hubiera hecho un talento inferior—, di por hecho que iba a marcharse; y a partir de esta hipótesis construí todo lo que tenía que decir. Cuanto más pensaba en cómo había actuado, más encantado estaba. Sin embargo, a la mañana siguiente, al despertarme, me surgieron las dudas —de alguna manera, con el

sueño, se me habían pasado los humos de la vanidad—. Uno de los momentos más serenos y acertados que tiene un hombre es justo por la mañana, al despertarse. Mi intervención parecía la más sagaz, pero solo en teoría. La dificultad residía en cómo resultaría en la práctica. Haber asumido la marcha de Bartleby fue una idea realmente preciosa; pero, después de todo, esta hipótesis era solo mía y no de Bartleby. El quid era, no si yo había asumido que iba a dejarme, sino más bien si él preferiría hacerlo. Era un hombre de preferencias más que de hipótesis.

Después del desayuno, me fui andando hasta el centro, pensando en las posibilidades que había a favor y en contra. Unas veces pensaba que todo se evidenciaría como un fracaso miserable y encontraría a Bartleby allí en mi oficina como de costumbre; otras veces me parecía verdad que iba a ver su silla vacía. Y así, continué dando bandazos. En la esquina de Broadway con Canal Street vi a un grupo de gente acalorada, manteniendo una discusión de lo más seria.

—Apuesto lo que sea a que no... —dijo una voz mientras yo pasaba.

—¿A que no se va? ¡Hecho! —dije—, ¿cuánto apuesta?

Ya me estaba metiendo instintivamente la mano en el bolsillo para sacar dinero, cuando recordé que era día de elecciones. Las palabras que había oído no guardaban relación con Bartleby, sino con el éxito o fracaso de algún candidato a la alcaldía. En mi resuelta cabeza, había imaginado —eso fue lo que sucedió— que todo Broadway compartía mi entusiasmo y estaba debatiendo la misma cuestión que yo. Pasé de largo, eternamente agradecido porque gracias al tumulto de la calle se ocultó mi despiste pasajero.

Como pretendía, llegué antes de lo normal a la puerta de la oficina. Me quedé de pie un rato, escuchando. Todo estaba tranquilo. Debía de haberse ido. Intenté mover el pomo. La puerta estaba cerrada. Sí, mi maniobra había funcionado a las mil maravillas; de hecho debía de haberse evaporado. Sin embargo, una cierta melancolía se mezclaba con esto: casi sentía pena por haber tenido un éxito brillante. Estaba buscando a tientas la llave que Bartleby debía haberme dejado debajo del felpudo y, por accidente, di un golpe con una rodilla en un panel, produciendo un ruido como si hubiera llamado; desde dentro sonó una voz por respuesta: «Todavía no. Estoy ocupado».

Era Bartleby.

Me quedé estupefacto. Por un instante permanecí como el hombre a quien, pipa en boca, mató un rayo estival hace tiempo en Virginia; murió una cálida tarde sin una sola nube y en su propia ventana, que estaba abierta; sobre ella permaneció recostado, aquella tarde de ensueño, hasta que alguien le tocó y se desplomó.

—¡No se ha marchado! —mascullé por fin. Pero, otra vez, obedeciendo a ese extraordinario dominio que el inescrutable escribiente ejercía sobre mí, dominio del

cual, a causa de mi irritación, no podía escapar del todo, bajé las escaleras despacio y salí a la calle. Mientras daba la vuelta al edificio, en este estado de perplejidad sin precedentes, empecé a meditar qué debía hacer después. Sacar al hombre de un empujón era algo que no podía hacer; echarlo a base de insultos, tampoco; llamar a la policía resultaba una idea desagradable; y sin embargo, permitirle disfrutar de su cadavérico triunfo sobre mí, esto también era algo en lo que no podía pensar. ¿Qué había que hacer? O, si no le podía hacer nada, ¿había otra cosa que yo pudiera presuponer en este asunto? Sí. De la misma manera que antes había asumido que existían posibilidades de que Bartleby se marchara, ahora podría dar retrospectivamente por supuesto que se había marchado. Para que se cumpliera legítimamente esta hipótesis, podría entrar en mi oficina con mucha prisa y, simulando no ver a Bartleby en absoluto, caminar derecho hacia él como si fuera aire. Esta manera de actuar parecería definitivamente un desahucio. Era casi imposible que Bartleby pudiera soportar esta consolidación de la doctrina de las hipótesis. Pero, tras una segunda reflexión, el éxito del plan parecía bastante poco seguro, y decidí razonar con él otra vez sobre el tema.

—Bartleby —dije, mientras entraba en la oficina, con una expresión serenamente grave—. Estoy muy seriamente disgustado. Estoy apenado, Bartleby. Tenía una mejor opinión de usted. Había imaginado que usted sería de ese tipo de hombres tan elegante a quien, ante un dilema tan delicado, una simple insinuación bastaría; resumiendo, era una hipótesis. Pero parece que me ha defraudado. Pues bien —añadí con naturalidad—, usted ni siquiera ha tocado aún el dinero —y señalé justo hacia donde lo había dejado la noche anterior.

No contestó nada.

—¿Me va a abandonar o no? —le exigí ahora con una vehemencia imprevista, mientras me acercaba a él.

—Preferiría no abandonarle —contestó, recalcando el «no» con delicadeza.

—¿Qué derecho terrenal tiene usted para permanecer aquí? ¿Paga usted alguna renta? ¿Paga usted mis impuestos? O ¿es esto propiedad suya?

No contestó nada.

—¿Está dispuesto ahora a seguir escribiendo? ¿Se han recuperado sus ojos? ¿Podría copiarme un documento breve hoy por la mañana? O ¿ayudarme a revisar algunas líneas? O ¿acercarse a la oficina de correos? En una palabra, ¿va a hacer usted algo para aportar colorido a su negativa a marcharse de mi oficina?

En silencio, se retiró a su refugio.

En aquel momento sentía tal enojo y tal rencor que consideré especialmente prudente controlar por el momento cualquier otra declaración por mi parte. Estábamos

solos; Bartleby y yo. Recordé la tragedia del desafortunado Adams y del todavía más desafortunado Colt, en la solitaria oficina de este último; y como el pobre Colt, terriblemente indignado a causa de Adams, dejándose provocar imprudentemente por la furia, fue empujado sin darse cuenta a ese acto fatal; un acto que ciertamente ningún hombre podía condenar más que el propio protagonista. A menudo se me ocurría, en mis cavilaciones sobre el asunto, que si ese altercado hubiera tenido lugar en la calle o en una vivienda privada, no habría acabado como lo hizo. Pero casualmente estaban solos, en el piso de arriba de un edificio sin bendecir por las asociaciones humanitarias locales, en una oficina solitaria, una oficina sin moqueta y con una apariencia, sin duda, polvorienta y descolorida. Debió de ser eso lo que ayudó en gran medida a aumentar la iracunda desesperación del desventurado Colt.

Pero cuando surgió en mí el resentimiento de este viejo Adams y me tentó con Bartleby, lo hice frente y lo ahuyenté. ¿Cómo? Vaya, simplemente recordando un mandamiento divino: «Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros». Sí, eso fue lo que me salvó. Aparte de consideraciones más altas, la caridad funciona a menudo como un principio infinitamente sabio y prudente; una garantía grande para el que la posee. El hombre ha cometido asesinatos por simples celos, por simple ira, por simple odio, por simple egoísmo o por simple orgullo espiritual; pero no hay hombre del que yo haya oído hablar, que haya cometido nunca un perverso homicidio por simple y tierna caridad. Entonces, el mero interés personal, si no se puede conseguir un motivo mejor, debería inducir a todos los seres, especialmente a los hombres con mucho temperamento, a la caridad y a la filantropía. En todo caso, en esta ocasión me esforcé para ahogar mis exasperados sentimientos hacia el escribiente, analizando con benevolencia su conducta. «¡Pobre hombre, pobre hombre! —pensé—, no hace nada a propósito; y además, ha vivido tiempos duros; se le debería perdonar».

Así mismo, intenté por todos los medios ocupar mi tiempo inmediatamente y consolar, a la vez, mi abatimiento. Traté de imaginar que a lo largo de la mañana, a la hora que le pareciera bien a Bartleby, y por su propia voluntad, este surgiría libremente de su refugio y se abriría camino en dirección a la puerta. Pero no. Llegaron las doce y media en punto. La cara de Turkey empezó a brillar, volcó su escribanía y empezó, en líneas generales, a mostrarse alborotador. Nippers fue cayendo en la calma y la afabilidad. Ginger Nut masticaba su manzana de mediodía. Y Bartleby permanecía de pie junto a la ventana, de cara al muro, en una de sus más profundas ensoñaciones. ¿Se puede dar crédito? ¿Quieren que lo admita? Aquella tarde me marché de la oficina sin decirle ni una palabra más.

Pasaron varios días, durante los cuales, en mis momentos de ocio, me puse a hojear a Edwards y a Priestley, con sus doctrinas sobre el Albedrío y sobre la Necesidad respectivamente. Dadas las circunstancias, esos libros producían una sensación sana.

Poco a poco pasé a ser de la opinión de que todos estos problemas que yo tenía en lo tocante al escribiente venían predestinados desde la eternidad, y de que Bartleby estaba conmigo por algún misterioso propósito de una Providencia omnisciente que un mero mortal como yo no podía entender. «Sí, Bartleby, quédese ahí tras su mampara —pensé—; ya no lo voy a perseguir más; es usted inofensivo y silencioso como estas viejas sillas; resumiendo, nunca tengo tanta intimidación como cuando sé que usted está ahí. Al menos lo veo, lo siento; descubro cuál es el objetivo predestinado de mi vida. Estoy contento. Puede que otros tengan papeles más nobles que cumplir; pero mi misión en este mundo, Bartleby, es proporcionarle a usted una oficina por el tiempo que usted considere justo permanecer allí.»

Creo que este esquema mental, sabio y bendito, me habría acompañado siempre, de no haber sido por los comentarios, no solicitados amén de poco caritativos, que me fueron impuestos por los amigos de profesión que venían a la oficina. Pero, así es; a menudo sucede que el contacto constante con mentes intolerantes agota finalmente las mejores determinaciones de los más generosos. Aunque, sin duda, si lo pienso, no es nada raro que a la gente que venía a la oficina le sorprendiera el extraño aspecto del misterioso Bartleby y que, además, se sintieran tentados a dejar caer ciertas observaciones siniestras sobre él. En alguna ocasión, uno de los abogados que trabajaba conmigo pasó por la oficina, sin encontrar allí a nadie, excepto al escribiente. Entonces trató de obtener información exacta en lo tocante a mi paradero, pero Bartleby, sin prestar atención a sus frívolas palabras, permaneció de pie inmóvil en medio de la sala. Así que, después de contemplarle en esa posición durante un rato, el abogado se marchó, sin saber más que cuando había llegado.

En otra ocasión, tuvo lugar una Audiencia, y teníamos la habitación llena de abogados y testigos. Cuando la actividad empezó a acelerarse, uno de los letrados, muy ocupado, viendo que Bartleby estaba totalmente ocioso, le pidió que fuera a su oficina —a la del letrado— a coger algunos documentos para él. Inmediatamente, Bartleby, se negó con toda tranquilidad, permaneciendo, no obstante, tan ocioso como antes. En ese momento, el abogado le echó una mirada y se volvió hacia mí. Y ¿qué podía yo decir? Al final, me hicieron tomar conciencia de que en todo el círculo de conocidos de la profesión circulaba un rumor de incredulidad en referencia a la criatura extraña que mantenía en mi oficina. Esto me preocupaba mucho. Además se apoderó de mí el siguiente planteamiento: la posibilidad de que terminara siendo un hombre longevo y continuara ocupando mi oficina, negando mi autoridad, dejando perplejas a mis visitas, desacreditando mi reputación profesional y lanzando cierto pesimismo por el lugar; de que mantuviera cuerpo y alma unido hasta el último momento gracias a sus ahorros —pues seguramente no gastaría más que cinco centavos al día—, y de que, tal vez, terminara viviendo más que yo y reclamando la propiedad de mi oficina en base al derecho adquirido por su ocupación continuada. A

medida que todas estas lóbregas premoniciones se fueron acumulando en mi cabeza, y que mis amigos comenzaron a soltar continuos y despiadados comentarios al entrar en la oficina, se forjó en mí un gran cambio. Decidí reunir todas mis facultades para deshacerme de este intolerable ícubo para siempre.

Antes de empezar a darle vueltas en la cabeza a cualquier complicado proyecto que, no obstante, se adaptara a este fin, lo primero que hice fue simplemente sugerirle a Bartleby la conveniencia de su marcha definitiva. En un tono sereno y serio, confié la idea a su prudente y madura consideración. Pero después de tomarse tres días para meditar, me informó de que su primera resolución se mantenía sin cambios; resumiendo, que seguía prefiriendo permanecer conmigo.

«¿Qué voy a hacer? —me dije a mí mismo, mientras me abotonaba el abrigo de arriba a abajo—. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué debería hacer? ¿Qué me dicta la conciencia sobre qué debería hacer con este hombre, o mejor dicho, con este fantasma? Lo que debo hacer es deshacerme de él; que se vaya. Pero ¿cómo? No vas a echar a empujones a una criatura tan indefensa, ¿verdad? No vas a deshonorar tu nombre con una crueldad tal, ¿verdad? No, no voy a hacerlo; no puedo hacerlo. Preferiría dejarle vivir y morir aquí para después colocar sus restos dentro de un muro, con una obra de mampostería. Entonces, ¿qué vas a hacer? Ni con toda tu mano izquierda va a cambiar de opinión. Los sobornos los deja en tu mesa, debajo de tu propio pisapapeles. Resumiendo, está bastante claro que prefiere aferrarse a ti.

»Así que habría que hacer algo duro, algo inusitado. Pero, ¿qué? ¡Seguro que no hay agente de la policía que pesque y encarcele a esa inocente palidez! Y ¿en qué te podrías basar para conseguir que se hiciera algo así? ¿En que es un vagabundo? ¡Qué! ¿Un vagabundo? ¿Un trotamundos que se niega a moverse? Entonces, para que no se convierta en un vagabundo, es por lo que intentas considerarle un vagabundo. Eso es demasiado absurdo. ¿En que no tiene recursos para subsistir? ¡Ahí sí que lo tengo! Otro error, pues indiscutiblemente él sigue vivo y esa es la única prueba que, además de ser irrefutable, cualquiera puede presentar para demostrar que tiene los medios para hacerlo. Así que no hay más. Como no me va a abandonar, debo ser yo el que le abandone a él. Trasladaré mi oficina. Me mudaré a otro lugar, y le haré saber debidamente que si lo encuentro en mi nuevo local procederé en su contra como si fuera un vulgar intruso.»

Y actuando en consecuencia, al día siguiente, me dirigí a él de este modo:

—Considero que esta oficina está muy lejos del Ayuntamiento y el aire es poco saludable. En una palabra, me propongo cerrar la oficina la semana que viene y ya no voy a requerir sus servicios por más tiempo. Se lo digo ahora para que se busque otro lugar.

Él no respondió, y yo no dije nada más.

Llegó el día señalado. Yo había contratado a unos hombres para que viniesen con sus carretas. Estos entraron en la oficina y lo sacaron todo en unas horas, ya que, en realidad, había pocos muebles. En todo momento, el escribiente permaneció de pie detrás de su mampara; mampara que, siguiendo mis órdenes, sacaron en último lugar. Una vez la retiraron, plisada como si se tratara de un gran pliego, lo dejaron allí, cual yerto inquilino en una habitación desnuda. Me quedé en la entrada observándole un instante, mientras algo me reprendía desde dentro.

Volví a entrar, con la mano en el bolsillo y... y el corazón en un puño.

—Adiós Bartleby, me marchó. Adiós. Que Dios le bendiga. Y tome esto —dijo poniéndole algo en la mano.

Pero cayó al suelo. Después, aunque suene raro, me despegué de él a la fuerza; de quien tanto había deseado deshacerme.

Una vez me instalé en mi oficina nueva, mantuve la puerta cerrada durante uno o dos días, sufriendo grandes sobresaltos cada vez que oía pisadas por los pasillos. Cuando, después de ausentarme brevemente, volvía a la oficina, me paraba en el umbral de la puerta un instante y, antes de dar la vuelta a la llave, escuchaba con atención. Pero esos miedos fueron baldíos. Bartleby nunca se acercó a mí.

Pensaba que ya todo iba bien, cuando un desconocido con aspecto de perturbado me hizo una visita. Preguntó si yo era la persona que había estado ocupando hacía poco las oficinas del n.º... de Wall Street.

Lleno de premoniciones, contesté afirmativamente.

—Entonces, señor —dijo el desconocido, que resultó ser un abogado—, usted es responsable del hombre que dejó allí. No quiere copiar nada; se niega a todo; dice que prefiere no hacerlo; y se niega a abandonar la oficina.

—Lo siento mucho, señor— dije, con supuesta tranquilidad, aunque con cierto estremecimiento interior—, pero no me une nada con el hombre al que alude; ni es mi pariente, ni es aprendiz mío, como para que usted me haga responsable de él.

—En nombre de Dios, ¿quién es?

—Desde luego, no puedo darle información. No sé nada de él. En otro tiempo le di trabajo como copista, pero ya desde hace tiempo no hace nada para mí.

—Entonces, yo me encargaré de ponerlo en su sitio. Buenos días, señor.

Pasaron algunos días y no oí nada más; y aunque a menudo sentí el impulso caritativo de hacerles una visita y ver al pobre Bartleby, no obstante algo me retuvo, una cierta aprensión, un no sé qué.

«Ya se ha acabado todo con él, ahora sí», empecé a pensar por fin cuando, pasada otra semana, no tuve más noticias. Pero, al día siguiente, según llegué a la oficina, me

encontré a varias personas esperando en la puerta, en un elevado estado de excitación nerviosa.

—Ese es el hombre; ahí viene —gritó el primero, a quien reconocí, por ser el abogado que me había visitado anteriormente.

—Usted debe llevárselo, señor, pero ¡ya! —gritaba, mientras avanzaba hacia mí, una persona corpulenta que había entre ellos, y a quien yo conocía, pues era el dueño del n.º... de Wall Street. Estos caballeros, mis inquilinos, ya no pueden soportarlo más. El Sr. B... —dijo señalando al abogado— lo ha sacado de su despacho y ahora insiste en rondar por el edificio con toda normalidad, sentándose sobre los pasamanos de las escaleras por el día y durmiendo en el portal por la noche. Todo el mundo está preocupado; los clientes están dejando las oficinas; hay miedo de que se produzca un altercado; tiene usted que hacer algo y sin demorarse.

Aterrado, me replegué ante este torrente; de buen grado me habría encerrado en mi oficina nueva. Insistía en vano en que Bartleby no era nada mío; no más que lo que era para cualquier otro. Pero fue en vano; yo fui la última persona conocida que había tenido algo que ver con él, y ellos me obligaron a rendir cuentas. Así que, por miedo a salir en los periódicos —tal y como amenazó sutilmente una persona allí presente—, reconsideré el asunto y dije finalmente que si el abogado me concertaba una cita secreta con el escribiente, en su propia oficina —la del abogado—, esa misma tarde intentaría por todos los medios deshacerme del incordio del que se estaban quejando.

Subí las escaleras de mi vieja guarida y allí estaba Bartleby, sentado en silencio en la barandilla del rellano.

—¿Qué está haciendo aquí, Bartleby? —dije.

—Sentado en la barandilla —contestó con suavidad.

Le hice una señal para que entrara en la oficina del abogado que, por entonces, se había marchado.

—Bartleby —dije—, ¿es usted consciente de que está siendo motivo de una gran tribulación para mí al insistir en ocupar el portal después de haberle echado de la oficina?

No hubo respuesta.

—Pues bien, una de estas dos cosas tiene que suceder: o bien hace usted algo, o le van a hacer algo a usted. Así que, ¿a qué clase de trabajo le gustaría dedicarse? ¿Le gustaría volver a copiar para alguien?

—No. Preferiría no cambiar nada.

—¿Le gustaría emplearse en una tienda de textiles?

—Eso supone mucho confinamiento. No, no me gustaría estar de dependiente; pero tampoco soy muy exigente.

—¡Mucho confinamiento! —grité—, ¡pero si está usted confinado todo el tiempo!

—Preferiría no ser dependiente —replicó, como para zanjar ese tema de una vez por todas.

—¿Qué tal le iría el trabajo de camarero? Eso no cansa mucho la vista.

—No me gustaría en absoluto; aunque, como dije antes, no soy muy exigente.

Su inusitada verborrea me dio energía, y volví a la carga.

—Bueno, entonces, ¿le gustaría viajar a través del país recaudando deudas para los comerciantes? Eso mejoraría su salud.

—No, preferiría hacer otra cosa.

—Entonces, ¿qué tal ir como compañero a Europa, para entretener a algún joven caballero con su conversación? ¿Eso le vendría bien?

—En absoluto. No me parece que eso sea nada estable. Me gusta estar fijo en un lugar. Pero no soy muy exigente.

—Entonces, ¡estaré quieto! —grité, perdiendo ya toda mi paciencia y dejándome llevar de lleno, por primera vez en toda mi exasperante relación con él, por la pasión—. ¡Si no se va de estas oficinas antes de esta noche, me sentiré obligado —de hecho ya lo estoy— a... a... a abandonar yo mismo la oficina!

Terminé de una manera bastante absurda, sin saber con qué amenaza intentar amedrentar su inmovilidad para que accediera. Perdidas las esperanzas de hacer esfuerzos adicionales, ya lo estaba dejando precipitadamente cuando se me ocurrió una última idea, una que no había desdeñado del todo anteriormente.

—Bartleby —dije con el tono más amable que pude adoptar, en unas circunstancias de tanta excitación—, ¿se vendría ahora a casa conmigo —pero no a mi oficina, sino a mi hogar— para quedarse allí hasta que, cuando nos convenga, alcancemos algún pacto que le resulte apropiado? Venga, empecemos ahora, ya mismo.

—No. Por ahora preferiría no emprender cambio alguno en absoluto.

No contesté ni una palabra; pero, con una rápida y repentina huida, y esquivando a todos con eficacia, salí disparado del edificio; corrí por Wall Street hacia Broadway y, saltando al primer ómnibus, acabé con la persecución. Tan pronto regresó la tranquilidad, comprendí definitivamente que había hecho todo lo que había podido, tanto respecto a las peticiones del dueño y de los inquilinos, como a mi propio deseo y sentido del deber; todo para beneficiar a Bartleby y para protegerlo de una violenta persecución. Me esforcé, entonces, por mantenerme totalmente libre de preocupaciones y en paz, y mi conciencia me legitimaba en el intento; aunque de hecho la cosa no tuvo tanto éxito como hubiera deseado. Tenía tanto miedo de que el dueño y sus enfurecidos inquilinos me persiguieran incesantemente que dejé mi negocio en manos de Nippers por unos días. Me marché con mi coche de caballos por

la parte alta de la ciudad y por la periferia, cruzando a Jersey City y a Hoboken, y visitando fugazmente Manhattanville y Astoria. De hecho, durante aquellos días viví prácticamente en el coche.

Cuando volví de nuevo a la oficina, ¡sorpresa!: había una nota del dueño sobre mi mesa. La abrí con manos temblorosas. Me informaba de que él, autor de la misma, había llamado a la policía, y de que se habían llevado a Bartleby a las Tumbas por vagabundo. Además, puesto que sabía de él más que nadie, me rogaba que me presentara allí e hiciera la conveniente declaración de los hechos. Estas noticias supusieron para mí un conflicto. Al principio me indignó; pero, después, llegué a aprobarlo. El temperamento enérgico e intolerante del dueño lo había llevado a escoger una táctica que yo no creo hubiera decidido por mí mismo; y sin embargo, como último recurso, parecía que esa era la única manera, ante tan extrañas circunstancias.

Según supe más adelante, cuando le dijeron al pobre escribiente que debían llevarle a las Tumbas, él no ofreció la más mínima resistencia, sino que consintió, aunque a su pálida e inerte manera.

Algunos indulgentes y curiosos transeúntes se unieron al grupo y, con uno de los agentes de policía a la cabeza llevando a Bartleby cogido del brazo, la silente procesión comenzó a desfilar en medio del ruido, del calor y del júbilo que las estruendosas vías públicas ofrecían a mediodía.

El mismo día que recibí el aviso, fui a las Tumbas o, hablando con propiedad, a la cárcel. Busqué al oficial encargado y le expuse el motivo de mi visita, tras lo cual me informó de que el individuo que yo describía estaba dentro. Entonces le aseguré al funcionario que Bartleby era un hombre completamente honrado, con quien tenían que ser absolutamente clementes, a pesar de su inexplicable excentricidad. Conté todo lo que sabía y acabé sugiriendo que, en la medida de lo posible, fueran indulgentes durante su reclusión, hasta que se pudiera encontrar una salida menos drástica —aunque en realidad no sabía cuál. De cualquier modo, si no había otra solución para este asunto, la casa de la beneficencia debería aceptarlo. Supliqué entonces que me concedieran una entrevista.

Como no tenía ningún cargo vergonzante y era una persona bastante sosegada e inofensiva en sus maneras, le permitieron andar libremente por toda la prisión y, en particular, por los patios interiores de hierba. Así que allí lo encontré, de pie, solo, en el más tranquilo de los patios, con la cara vuelta hacia un muro de gran altura, mientras alrededor, desde las estrechas rendijas de las ventanas de la prisión, creí ver los ojos de asesinos y ladrones acechándolo.

—¡Bartleby!

—Yo lo conozco —dijo sin darse la vuelta— y no quiero contarle nada.

—No fui yo quien lo trajo aquí, Bartleby —dije profundamente afligido por la insinuación de su sospecha—. Este sitio no debería ser una deshonra para usted. No hay nada reprochable que implique su estancia aquí. Y ve, no es un lugar tan triste como se podría pensar. Mire, se ve el cielo y hay hierba.

—Sé en dónde estoy —contestó, y ya no volvería a decir nada más; así que lo dejé allí.

Al entrar en el pasillo de nuevo, me abordó un hombre con un delantal, grandón y metido en carnes, que señalando toscamente con el pulgar por encima del hombro, dijo:

—¿Es aquel amigo suyo?

—Sí.

—¿Y quiere morir de hambre? Si es eso lo que él quiere, deje que subsista con el rancho de la prisión y ya está.

—¿Quién es usted? —pregunté, sin saber qué hacer con esa persona de charla tan oficiosa en un lugar como aquel.

—Soy el encargado de la comida. Los señores que tienen amigos aquí dentro me pagan para que les consiga a estos algo bueno de comer.

—¿Es eso verdad? —dije volviéndome al carcelero.

Este asintió.

—Bueno, entonces —dije, dejando caer unas monedas de plata en las manos del despensero —pues así le llamaban—, quiero que le preste una atención especial a mi amigo. Que tenga la mejor cena que le pueda conseguir. Y usted debe ser con él lo más educado posible.

—Tiene intención de presentarme, ¿verdad? —dijo el despensero, mirándome con una expresión que parecía demostrar que estaba impaciente por tener una oportunidad de dar muestra de su clase.

Como consideraba que iba a ser algo beneficioso para el escribiente, accedí; y, mientras le preguntaba al despensero cómo se llamaba, me acerqué con él hasta Bartleby.

—Bartleby, este es el Sr. Cutlets verá como le resulta muy socorrido.

—Su servidor, señor, su servidor —dijo el despensero, haciendo un humilde saludo tras su delantal—. Espero que se encuentre bien aquí; tierras espaciosas, apartamentos frescos, señor; espero que se quede con nosotros durante un tiempo; intentaremos hacérselo agradable. Señor, ¿podemos la Sra. Cutlets y yo, disfrutar de su compañía a la hora de la cena en el cuarto privado de la Sra. Cutlets?

—Hoy preferiría no cenar —dijo Bartleby, mientras se apartaba—. Me sentaría mal; no estoy acostumbrado a cenar.

Y, dicho esto, se fue despacio a la otra parte del recinto, colocándose de cara al muro.

—¿Cómo es posible? —dijo el dispensero, dirigiéndose a mí con una mirada de sorpresa—. Es raro, ¿verdad?

—Creo que está algo perturbado —dije con tristeza.

—¿Perturbado? ¿Lo llamaría perturbado? Bueno, pues en realidad pensé que ese amigo suyo era un señor falsificador; esos falsificadores siempre son pálidos y refinados. No puedo evitar compadecerlos, no puedo evitarlo, señor. ¿Conoció a Monroe Edwards? —añadió de manera conmovedora, tras lo cual se calló. Entonces, poniendo la mano en mi hombro de un modo lastimoso, susurró—: murió de tisis en Sing-Sing. Así que, ¿no conocía a Monroe?

—No, dentro de mi círculo social nunca me he topado con un falsificador. Pero no me puedo detener más tiempo. Cuide de mi amigo. No perderá nada por eso. Volveré a verlo.

Unos días más tarde, volví a conseguir permiso para pasar a las Tumbas; anduve por los pasillos en busca de Bartleby, pero no lo encontré.

—Le he visto salir de su celda no hace mucho —dijo un carcelero—. Quizá se haya marchado a pasar un rato al patio.

Así que me fui en esa dirección.

—¿Está buscando al hombre silencioso? —dijo otro carcelero que pasaba a mi lado—. Está más adelante, durmiendo en el patio. No hace ni veinte minutos que lo he visto echado.

El patio estaba totalmente tranquilo. Los prisioneros comunes no podían acceder allí. Los muros que lo rodeaban, de un grosor increíble, lo protegían de cualquier ruido que hubiera detrás. El carácter egipcio de la construcción me angustió por su oscuridad. Pero una hierba, suave y prisionera, crecía bajo los pies. Aquello parecía el corazón de las eternas pirámides, en donde, por algún extraño arte de magia, las semillas de césped que los pájaros habían dejado caer entre las grietas habían germinado.

Acurrucado en la base del muro, con una postura extraña, las rodillas levantadas y echadas a un lado, la cabeza en contacto con las frías piedras, así me encontré al malogrado Bartleby. Pero no se movía. Me paré. Después me acerqué a él, me agaché y vi que sus nublados ojos estaban abiertos; salvo por eso, parecía estar durmiendo profundamente. Algo me impulsó a tocarlo. Sentí su mano y un estremecimiento,

como una especie de hormigueo, me subió por el brazo y me bajó por la espalda, hasta los pies.

La cara redonda del despensero me observaba ahora con detenimiento.

—Su cena está lista. ¿Tampoco va a cenar hoy? ¿Acaso vive sin comer?

—Vive sin comer —dije; y le cerré los ojos.

—Oiga. Está dormido, ¿verdad?

—Con los reyes y consejeros —murmuré.

Podría parecer innecesario continuar con esta historia. La imaginación satisfará rápidamente la exigua descripción del sepelio del pobre Bartleby. Pero antes de despedirme del lector, permítanme decir que si este breve relato les ha interesado lo suficiente como para despertar su curiosidad en cuanto a quién era Bartleby y qué tipo de vida había tenido antes de que el narrador, aquí presente, hiciera su presentación, solo puedo responder que comparto totalmente esa curiosidad pero que soy completamente incapaz de satisfacerla. Sin embargo, no sé si desvelar ahora un pequeño rumor que llegó a mis oídos unos meses después del deceso del escribiente. En qué se basa es algo que no podría asegurar nunca; y por lo tanto, cuán de verdad tiene es algo que ahora no puedo decir. Pero, puesto que esta imprecisa reseña no ha dejado de tener para mí un cierto interés, extraño y sugestivo aunque triste, también puede resultar interesante para otros; y por eso, haré una breve mención. El rumor era el siguiente: Bartleby había trabajado como subalterno en la sección de *Cartas no reclamadas* de la Oficina de Correos de Washington, de la que lo habían despedido de repente por un cambio en la administración. Cuando pienso en este rumor, no puedo expresar de forma adecuada los sentimientos que me atenazan. ¡Cartas no reclamadas! ¿No les suena eso a cadáveres? Imaginen un hombre que, por naturaleza y por desgracia, es proclive a una exangüe desesperanza; veamos ¿existe otro trabajo más adecuado para acrecentar esta desesperanza que el de manipular continuamente esas cartas no reclamadas y clasificarlas para destruirlas en las llamas? Porque las queman a montones cada año. Algunas veces, entre el papel doblado, el pálido empleado encuentra un anillo —el dedo al que iba dirigido quizá esté descomponiéndose ya en su tumba— o un billete enviado con la más diligente de las caridades —aquel a quien iba a aliviar ya ha dejado de comer y no volverá a tener hambre—; el perdón para aquellos que murieron de desesperación; la ilusión para quienes sucumbieron por falta de confianza; buenas nuevas para los que, asfixiados por las continuas calamidades, fallecieron ya. Portadoras de mensajes de vida, estas cartas se precipitan a la muerte.

¡Ay, Bartleby! ¡Ay, la humanidad!